

X.

## X. “EL HIJO DEL HOMBRE”

---

*Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan, y los lleva, a ellos solos, aparte, a un monte alto y se transfiguró delante de ellos, y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, tanto que ningún batanero en la tierra sería capaz de blanquearlos de ese modo. Se les aparecieron Elías y Moisés, y conversaban con Jesús. Toma la palabra Pedro y dice a Jesús: “Rabbi, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”; pues no sabía qué responder ya que estaban atemorizados-. Entonces, se formó una nube que les cubrió con su sombra y vino una voz desde la nube: “Este es mi Hijo amado, escuchadle.” (Mc. 9, 2-7)*

---

La historia de la transfiguración del Señor está relacionada íntimamente con la historia de su muerte y resurrección; de hecho, se sitúa entre dos anuncios de la pasión. Es interesante comparar las variantes en las redacciones de los tres sinópticos, aunque casi coinciden literalmente. El primer anuncio es recogido del modo siguiente:

(Mt. 16, 21) “Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que Él debía ir a Jerusalén y allí sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; ser condenado a muerte y resucitar al tercer día.”

(Mc. 8, 31) “Y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; ser condenado a muerte y resucitar a los tres días.”

(Lc. 9, 22) “Dijo: El Hijo del hombre debe sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser condenado a muerte y resucitar al tercer día.”

En Mateo, el primer anuncio, se distingue por nombrar el lugar de Jerusalén como lugar de su muerte y de carecer del término, “ser reprobado”. Además, el primer anuncio, en los tres, es más detallado que el segundo, porque nombran los responsables de la condena: los ancianos, sumos sacerdotes y escribas. De los seis anuncios, cinco contienen tres elementos comunes: sufrir, ser condenado a muerte y resucitar al tercer día. Los sufrimientos del Mesías se relacionan con la desconfianza y la hostilidad de las autoridades, las cuales se cierran en un frente común para ignorar o condenar su doctrina. Más que sobre los dolores físicos, se hace énfasis en la frustración moral: el hijo del hombre va a experimentar la amargura de quien da amor y recibe indiferencia y odio. No le pedirán explicaciones, sino que le harán preguntas capciosas, con todo el deseo de confundirle y ponerle en contradicción consigo mismo. Y cuando Él les muestre las obras del Padre, se quedarán callados y rechinarán los dientes o le acusarán de expulsar los demonios en nombre de Belcebú, el príncipe de los demonios.

El episodio de la Transfiguración se inserta aquí, después de este primer anuncio. Y el anuncio, a su vez, en los tres evangelistas, sigue inmediatamente a la profesión de fe de San Pedro: “Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo.” Con la agravante de que Pedro, reacciona al anuncio (en Mateo y Marcos) tomando aparte a Jesús y rechazando la idea del sufrimiento. La actitud autosuficiente de Pedro, que de inmediato provoca el reproche de Jesús, revela manifiestamente la incapacidad del grupo para aceptar la idea de un Mesías sacrificado. El grupo se manifiesta totalmente impenetrable a la imagen de un Jesús humillado y a renunciar a la idea de un Mesías triunfante. Lo mismo nos sucede a nosotros; tan lejos estamos de concebir una vida de tal modo entregada a los valores del espíritu y a sus obras, que asuma las actividades mundanas, como un simple instrumento para la constitución del modelo que Él nos dejó.

Sin embargo, Jesús no se limita al anuncio de sus propios sufrimientos, también proclama que cualquier persona que desee seguirlo deberá sufrir, negarse a sí mismo y tomar su cruz, cada día. En esto concuerdan los tres evangelistas, lo cual significa que Jesús está colocando su propia pasión en el contexto de toda la humanidad, la cual deberá compartir con Él su lucha y sufrimiento para pertenecer al reino. Igualmente los tres hacen referencia, como criterio decisivo,

a su regreso: “Cuando el Hijo del hombre, venga en su gloria.” (Lc 9, 26) Al final de los tiempos: “Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de ése se avergonzará el Hijo del hombre.” (Lc. 9, 26) En todo este discurso, Tú, Señor, estás esbozando las rutas del nuevo camino. No sólo ir atrás de ti, sino copiar tu suprema voluntad de entrega. Y la perspectiva que Tú presentas, no es sólo de Tu gloria, también de la del Padre, con sus santos ángeles. (Mt., Mc., Lc.) Es decir, del compromiso divino con la humanidad entera.

El segundo anuncio es reportado también por los tres sinópticos. Fue en Galilea, yendo Jesús en privado con sus discípulos para cultivarlos con sus enseñanzas. Se transcribe con alguna variante, como puede comprobarse en las versiones siguientes:

(Mt. 17, 22-23) “Yendo un día juntos por Galilea, les dijo Jesús: El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; le matarán y al tercer día resucitará.”

(Mc. 9, 31) “Les decía: El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres; le matarán y a los tres días de haber muerto resucitará.”

(Lc. 9, 44) “Poned en vuestros oídos estas palabras: El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres.”

Mateo y Marcos ubican este segundo anuncio por Galilea, lo cual parece natural, después de la visión del monte Tabor que se encontraba en ese lugar. Sólo el segundo anuncio de Lucas es diferente: es más breve y se diría recortado. Por una parte, introduce el anuncio con una frase muy llamativa: “poned en vuestros oídos”; una llamada de atención que no admitía se recibiera distraídamente o superficialmente. Por otra, el anuncio estaba intencionalmente velado para que no lo entendieran. Y el evangelista da esta explicación: “Pero ellos no entendían lo que les decía: Les estaba velado, de modo que no lo entendían y temían preguntarle acerca de este asunto.” (Lc. 9, 45) A pesar de la claridad del anuncio, los discípulos lo entendieron apenas lo suficiente para que sintieran temor de preguntar sobre el asunto, como afirman, de acuerdo, todos los sinópticos.

Después del segundo anuncio, no reaccionan tan duramente como a raíz del primero. Se limitan a no entender y tienen miedo a pedir explicaciones. La idea de la pasión queda suspendida delante de sus ojos pero, sigue sin penetrar dentro de sus almas. Los tres: Pedro, Juan y Santiago, habían visto su gloria en el Tabor. Había sido un deslumbramiento de su poder y a pesar de que se hubiera hablado de la pasión, la luz de la gloria los había ofuscado. Ellos tampoco se atreverían a preguntar acerca de un tema indeseado, que a todos daba temor. Entre el estar velado el mensaje y la prohibición de no comunicar la profesión de Pedro de que Jesús era hijo de Dios, el tema de la pasión se volvió un tema tácitamente excluido de las conversaciones y de los pensamientos. Por esto, cuando la cruda y sangrienta realidad se presentó delante de sus ojos, en Jerusalén, la sorpresa y la desesperación fueron extremas y la desbandada, general.

Sin embargo, Jesús se proponía hacer penetrar en estas mentes, algo rebeldes, la idea de una vida en el espíritu. Por esto, entre los dos anuncios introduce un acontecimiento espectacular, capaz de marcar las mentes más lentas e incrédulas, una ventana abierta hacia el misterio de la gloria de Dios. Se conecta así este episodio con las premoniciones de los sufrimientos, que se contrastan con un resplandor que exalta la imaginación, desde las regiones celestiales. Desde esta altura, proyecta nuevo sentido sobre los momentos angustiosos y crueles del holocausto. “Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan.” (Mt. 17, 1) (Mc. 8, 1) Los seis días pueden recordar los seis días de la primera creación, aunque Lucas habla de “unos ocho días” después del mencionado anuncio. Marcos puntualiza que “ellos solos” son los mismos testigos “privilegiados” que entran en la casa de Jairo para asistir al milagro de la resurrección de la niña de doce años. “Y los lleva aparte, a un monte alto.” Lucas especifica que “subió a un monte a orar.” Y esto nos parece esencial. Jesús con sus tres discípulos de máxima confianza, sube hacia la cumbre para encontrarse con el Padre en la soledad y en la lejanía del mundo terreno.

Este es el primer paso que nos introduce a un fenómeno que es a la vez divino y enigmático. La subida a ese “monte alto” es un camino hacia la inmensidad del cielo y hacia la libertad del alma que puede comunicarse con Dios. Colocar este hecho una semana más tarde sirve para establecer una continuidad entre el anuncio del sufrimiento y la visión de la gloria. Es el mismo discurso que continúa con nuevos registros y nuevos personajes que vienen a ampliar el

significado del anuncio. El sufrimiento del Hijo del hombre, no será un episodio particular de su vida, será de pleno derecho el momento cumbre de la historia, de la aventura humana en su extensión por los siglos. Cristo será esta cumbre y, su lugar, el Calvario.

El público testigo será muy reducido. Primero, Pedro, esta cabeza inquieta y a veces rebelde, dura a doblegarse. Todos sus defectos resultarán aprovechables cuando le toque ser la roca sólida que detendrá el edificio de la iglesia en las sacudidas de la persecución. Los dos hijos de Zebedeo, quizás, puedan ser considerados las dos mentes teóricas del grupo. Son hábiles en retener y facundos en transmitir a los demás discípulos aquello que han entendido. Juan, ya sabemos, el predilecto, el amigo del corazón, que en este caso, por ser amigo del Hijo de Dios, no sólo albergaba sentimientos, sino doctrinas y misterios que él mismo traducirá a los demás y consignará por escrito a los creyentes de todos los tiempos. Juan y Santiago forman casi una sola unidad aparte, no sólo hermanos, sino solidarios desde el principio, como discípulos del Bautista y luego del Mesías. Abiertos al diálogo entre sí, son casi una enciclopedia ambulante de todo aquello que Jesús había hecho y dicho.

Hay una razón por la cual: “Los lleva, a ellos solos, aparte, a un monte alto.” (Mc. 9, 2) Según la tradición más conocida es el Monte Tabor, pero podría ser el Hermón, teniendo en cuenta que la profesión de fe de Pedro había sido en la ciudad de Cesarea de Filipo, al norte de Galilea en tierra pagana. El Tabor es una altura aislada, con la forma redondeada de la copa de un sombrero o de la joroba de un camello, que se levanta sobre las tierras bajas de Galilea; el majestuoso Tabor, testigo de los combates de Barak en pro del Dios de Israel, hoy una cumbre salpicada de santuarios de diversas iglesias. Su posición en la llanura de Galilea, no lejos de Nazareth ni del lago, indica una cumbre privilegiada y, desde allí, contemplar el escenario de acción del ministerio de Jesús en favor del Reino. Al norte se ve la tierra fenicia y las crestas del Hermón, al occidente la cadena del monte Carmelo; al sur, la Samaria y el camino hacia Judea; al este, el lago de Tiberíades y las ciudades más queridas en su evangelización.

Desde la oración, al encuentro místico, a la visión sobrenatural, sólo hay un paso. El fundamento siempre es la oración, objetiva, humilde, confiada que permite

a la persona de fe desarrollar su comunicación con el Dios trascendente. La transfiguración no es un espectáculo para profanos; es una chispa que se enciende y se multiplica en el contacto íntimo de la presencia del hombre a Dios. El Hijo del hombre, como Él desea ser llamado, deja lugar a su otra dimensión: el Hijo de Dios. Los tesoros escondidos de la divinidad se ofrecen en transparencia: un instante. Y Jesús permite que se hagan visibles a sus amigos predestinados para consolidar el fundamento de su fe. Por eso es necesario un largo proceso que los lleve más allá de sí mismos. Estaban acostumbrados a que Jesús se ausentara en la noche para conversar, Él sólo, con el Padre. Hoy tienen la alegría de haber sido elegidos, acompañarlo, estar con Él, rezar con Él y emprender un viaje, con Él, hacia lo desconocido, hacia la presencia del Padre.

Los tres, caminan con Él hacia la cumbre del Tabor; hacia arriba, hacia lo alto. Es un sendero rocoso, que se eleva rodeando la cumbre. Para estos testigos no tiene más sentido que el de un camino pesado, en cuesta. Para Él, es la imagen de otro camino accidentado, que sube hacia un montículo de roca donde consumirá su ofrecimiento. Van hacia lo alto; dejando tras de sí las tareas de todos los días, las personas acostumbradas, las cosas útiles. El fin es estar solos, despojados de todo en eso y andar hacia el encuentro con el cielo. Jesús va delante de ellos y en ese extremo pedazo de tierra que ya colinda con el cielo, se sumerge en profunda oración. Así llegan arriba, sintiéndose perdidos en la inmensidad celeste, mirando hacia lo invisible, pensando en lo inimaginable. También ellos entran en la oración. Los salmos de David los lanzan hacia la presencia del Padre, del poder terrible de Dios; mientras Jesús se encuentra ya con el Padre.

A través de este largo proceso de transformación, los tres discípulos han llegado al límite extremo de lo humano. Su alma está en armonía con el Dios de los orígenes, de la creación y de la historia de los Patriarcas. Ellos simplemente oran, sumergiéndose poco a poco en ese mar divino que, gracias a la palabra de Jesús han aprendido a amar y servir. Allá arriba, las pasiones humanas, llegan como filtradas a través de la eternidad. Esos hombres no son más que pescadores del lago, sus barcas están sepultadas en la niebla, sus familiares duermen en el silencio. Hasta el mercado de Cafarnaúm y la sinagoga con su elegante perfil helenístico, han enmudecido y están reducidos a siluetas incorpóreas, como minúsculas miniaturas. Es un mundo demasiado pequeño para la inmensidad

de Dios. La misión, la información, la educación y la conversión en las que Jesús los ha involucrado, es infinitamente más grande; el Reino predicado por Jesús va más allá de las montañas de Galilea, abarca toda Judea y el desierto de Arabia, incluyendo Egipto, Siria y Grecia; más adelante, todos los confines del imperio romano. Dios vuela por encima de esta humanidad, le ha enviado su propio Hijo único para predicarles su amor.

Los tres testigos, algo cansados por la subida y concentrados en su propia oración, no dejan de lanzar alguna mirada al Maestro, concentrado en la contemplación divina. De repente la gloria interna, escondida bajo el título de Hijo del Hombre en la materialidad del cuerpo humano, se hace transparente, visible como una aurora de verano. Su rostro se ha iluminado y sus vestidos blancos brillan ahora por una energía interior: la figura del hombre ha traspasado el umbral de lo terreno. Se ha borrado la diferencia entre lo mundano y lo celestial. En la cumbre del Tabor ya envuelto en la noche, se ha prendido un globo de luz blanca que abarca a Jesús y los tres testigos. Los tres apóstoles, envueltos en la luz extasiante, se preguntan si podrán comprender. Un signo se despliega delante de sus ojos. ¿Qué significa? Algún profeta debe haber tenido una experiencia semejante y recordaron a Daniel el intérprete de los sueños.

Daniel vivía en una verdad que estaba más allá de los sueños. Los apóstoles recordaban aquellas palabras que dirigiera al rey, cuando guiado por Argok llega a la presencia de Nabucodonosor para descifrarle el sueño: “El misterio que el rey quiere saber, no hay sabios, magos o adivinos, ni astrólogos que lo puedan revelar al rey; pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios y que ha dado a conocer al rey lo que sucederá al final de los días.” (Dn. 2, 27-28) La interpretación del sueño tenía que ver con un plan de Dios, exactamente como esta luz que todo lo envolvía alrededor de Jesús. ¿Quién interpretaría el sentido de esta luz? Demasiada luz lo deja a uno ciego. Ya no podían ver al Maestro; ya no era el “Hijo del hombre”, sino una criatura de aire y de luz. Este era el sueño que ellos deberían descifrar. Ya no les pertenecía, había entrado en el reino de la claridad y del ensueño. Por esto dice Marcos: “Se transfiguró delante de ellos.” Esto marca una distancia, como del mundo visible al mundo invisible, desde la realidad objetiva, a una realidad interpretada y, como decía Daniel, el único intérprete era Dios.

También Moisés se había transfigurado a la presencia del Señor en el Sinaí; y Elías se había transfigurado en el carro de fuego, que lo raptaba hacia el cielo. En ambos casos se trataba de intérpretes de la ley de Dios para fundarla en los corazones de los Israelitas, como Moisés, o para reformarla y restituirla a su esplendor primitivo, como Elías. Toda esta historia era un sueño que sus apóstoles se esforzaban por interpretar. Además, Daniel les reservaba mayores analogías y semejanzas. En sus visiones, a orillas del río de Babilonia, se le había presentado el Anciano quien entregaba al “Hijo del hombre” el poder sobre todas las naciones. “Se aderezaron unos tronos y un Anciano se sentó. Su vestidura blanca como la nieve; los cabellos de la cabeza, puros como la lana; su trono llamas de fuego.” También esa visión se refería al Mesías. Ellos no podían ver, en esa luz, ni el trono, ni el Anciano de pelo blanco; pero podían ver al que se hacía llamar del mismo modo “Hijo del hombre.” Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo del hombre. Se dirigió hacia el Anciano. A Él se le dio imperio, honor, reino y todos los pueblos y naciones y lenguas le sirvieron.

Era la misma infinita envergadura del reino que Jesús predicaba. ¿Habría que pensar que las dos visiones coincidían? Una inmensidad cósmica y una historia que abarcaba la humanidad entera. Decía Daniel: “Contemplaba yo en mi visión, durante la noche, lo siguiente: los cuatro vientos del cielo agitaron el mar grande y cuatro bestias enormes salieron del mar.” (Dn. 7, 2-3) Eran los cuatro grandes imperios que desaparecerían, delante del Hijo del hombre, al cual el Padre, el Anciano entregará el poder para juzgar a las naciones. Era un juicio en el espíritu y los súbditos eran los fieles ingresados al Reino que predicaba Jesús. “Los que deben recibir el reino son los santos del Altísimo.” (Dn. 7, 18) Por esto, Jesús les exigía a todos la fe. A través de la fe entrarían al universo de la salvación y serían juzgados dignos del premio. “Quienes poseerán el reino eternamente, por los siglos de los siglos.” Este juicio no se aplicará sólo a las personas individuales, sino a las colectivas: “Todos los reinos serán juzgados y el imperio se les quitará.” Este juicio no será escondido o privado. El reconocimiento y la gloria se harán efectivos delante de todos los pueblos de la tierra. Dios será reconocido por toda la humanidad.

Es necesaria que sea proclamada la derrota de los infieles, quienes no dejarán de ser una amenaza para los justos, hasta “precipitar en tierra parte de los

ejércitos, y de las estrellas.” Pedro y compañeros entendieron que la lucha se combatía en horizontes mucho más amplios que las tierras de Galilea y de Judea. Ya la idea de estar interpretando un sueño se les hacía más clara. Ya no había separación entre el sueño y la realidad porque el poder de Dios se manifestaba en el Hijo. “Reino eterno es su reino y todos los imperios le servirán y le obedecerán.” (Dn. 7, 27) No importa si deberán esperar algunos siglos, tampoco es importante el número; lo esencial es que las fechas están fijadas. Nada escapa al control de Dios. “Setenta semanas están fijadas sobre tu pueblo y tu ciudad santa para poner fin a la rebeldía, para grabar el sello a los pecados, para expiar la iniquidad, para instaurar justicia eterna, para sellar visión y profecía, para ungir el santo de los santos.”

Siempre habría una mezcla previa de triunfo y de sufrimiento. Esta sería la historia de la Salvación, Jesús sería aplaudido o criticado, amado u odiado, cubierto de cariño u objeto de golpes y persecuciones. Esto se había establecido desde la antigüedad y era el plan del Padre. El anuncio de los sufrimientos de la pasión iba perfectamente de acuerdo con esta luz y esta gloria, duraderos para siempre. El misterio del Padre se iba aclarando en sus mentes: Era una sucesión de días y de noches, del sol y de las estrellas; no nos tocaría a nosotros comprender el secreto de los misterios; nuestra salvación consistía en participar en ellos. Estos recuerdos avivados por la luz, en la mente de los tres testigos, Pedro, Juan y Santiago, les dejaban un sabor amargo en la boca. Por una parte, la proclamación del triunfo; por otra, el resurgir del mal y de los imperios del maligno. Brillaba la gloria del Mesías, pero en un contexto de angustias, dudas y sufrimientos. El mal asumía el semblante de los imperios políticos y su fuerza se alimentaba del pecado que debería ser castigado y borrado.

“Y después de las setenta y dos semanas, será suprimido un Mesías, ya no se sabrá de Él.” (Dn. 9, 26) El horizonte se cerraba con nubes negras y el rojo de la sangre. La esperanza se enturbiaba en oscuras amenazas de cataclismos. En la gran visión que narraba Daniel a orillas del río Tigris, los hombres que lo acompañaban, aunque no vieran la visión, fueron invadidos por un gran temor y huyeron. “Un hombre vestido de lino, ceñidos los lomos de oro puro, su cuerpo era como crisólido, su rostro como el aspecto del relámpago, sus ojos como antorchas de fuego.” Así estaba Jesús en este momento delante de ellos. “Su

rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos blancos como la luz.” (Mt. 17, 2) En la visión, el hombre vestido de lino consuela a Daniel: “la figura de Hijo del hombre, me tocó y me reanimó.” (Dn. 10, 19) “No temas, hombre de las predilecciones; la paz sea contigo, cobra fuerza y ánimo.”

Las palabras dichas a Daniel también expresaban los sentimientos que agitaban el alma de los tres testigos cuando vieron la luz que emanaba Jesús en la oración. “Y mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó y sus vestidos eran de una blancura refulgente.” (Lc. 9, 29; Mt. 17, 2) La profecía de Daniel tomaba cuerpo delante de sus ojos; Jesús había entrado en la comunión con el Padre. Padre e Hijo formaban una sola unidad de querer y de destino. El Anciano de pelo blanco y el Hijo del hombre manifestaban su secreto ante testigos. Jesús estaba ahora de pie frente a ellos y, a sus lados, aparecieron otras dos figuras humanas envueltas en la misma luz. “Y he aquí, que conversaban con Él dos varones que eran Moisés y Elías.” La llegada de las dos grandes cabezas en la historia de Israel, no hacía sino completar el cuadro del antiguo testamento; de esta historia extraordinaria y milagrosa en la cual el Dios Altísimo se había formado para sí un pueblo en la tierra cuya fe era el templo de Jerusalén. Su toma de posesión se había manifestado en una nube en el día de la consagración.

Moisés había sido el hombre en que Dios había confiado la tarea de educar a ese pueblo. Su amistad estaba por encima de todos los demás amigos y servidores de Dios. Pensar en Moisés era pensar en el paso del Mar Rojo, a través de las aguas. Desde la noche de opresión de Egipto al día luminoso de la liberación y de la tierra prometida. Jesús hablaba con Moisés: cuál extraordinario enlace de la antigua alianza con la nueva; el final de una era y el comienzo de una nueva; la primera fue una comunidad restringida a una pequeña tierra y a un pueblo reducido. Con Jesús comenzaba la era de la salvación, el mensaje de un Padre cuyo corazón abarcaba la humanidad entera. El Dios de Israel, configurado en Moisés, será en adelante el Dios de todos los pueblos como lo había proclamado la visión de Daniel, confirmado por Isaías y Jeremías.

Los tres testigos empezaban a vislumbrar los grandes rasgos de un plan que Dios había ya parcialmente ejecutado en el mundo a lo largo de los siglos; pero un plan que se proyectaba hacia el futuro y del cual ellos mismos deberían ser

parte importante, como discípulos del Salvador. Elías, al lado de Jesús, daba al encuentro una dimensión más trágica y oculta. Era el profeta que había hecho bajar el fuego del cielo y, para enderezar las torceduras del pueblo, había desafiado y condenado a muerte a los cuatrocientos profetas de Baal. Su afán incansable en perseguir el amor de Dios e instalar la pureza de la fe, iluminaba otra dimensión del plan de Dios. Era el amor del alma, la fidelidad del corazón, la justicia que glorificaba la santidad del Dios eterno y universal. Entre las dos encarnaciones del pasado, Jesús, el hombre vestido de blanco, que estaba delante del Anciano, era la piedra angular, sobre la cual construir el nuevo edificio de la salvación.

El diálogo que se entabla entre los tres es un diálogo a través de los siglos. El recorrido de la historia guiada por Dios ha llegado al punto de sufrir un giro completamente nuevo, al agotarse la energía de la antigua alianza y el punto de enlace entre las dos épocas es la pasión de Jesús. “Y hablaban de su partida.” (Lc. 9, 31) Este sería el momento cumbre de su misión, el día del holocausto y también del encuentro glorioso con el Padre. Para eso había venido al mundo; para recoger la herencia del pueblo de Israel y para instalar el reino con los méritos de su vida y pasión. Será también el momento de la separación, no sólo de este mundo material, sino de sus apóstoles y discípulos, hombres y mujeres, que de sus vidas habían hecho una ofrenda de amor a Él y al Padre. Una partida parecida a la de Elías quien, al subir al carro de fuego, dejó caer su manto para que su discípulo lo recogiera y con ello se apoderara de su espíritu amante de Dios. Jesús dejaría su espíritu a los discípulos y testigos, quienes recogerían la tarea de anunciar el reino a todos los pueblos.

El lugar preciso del encuentro sería la ciudad de David, el lugar sagrado por excelencia sobre la tierra. Por esto hablaban del acontecimiento “que estaba por cumplirse en Jerusalén.” Desde el mismo centro del culto de Israel, arrancaría, brotaría el milagro que inundaría con su gracia a la humanidad renovada. No sería la destrucción de la ciudad antigua sino un cumplimiento de promesas. El plan antiguo, desde los patriarcas, a los reyes, a los profetas, a los sacrificios en el templo, pasaría a través de Jesús. De allí se elevaría, para que todos los hombres, dejaran de fijarse en un lugar de la tierra y siguieran su persona mientras se elevaba desde el suelo, para establecerse en un lugar más alto que

el cielo. Esta partida, desde Jerusalén, era la puerta por la que la antigua alianza desembocaba en la nueva; por la que los patriarcas, reyes y profetas con los creyentes de sus generaciones entraran con Él al banquete eterno a la presencia del Anciano.

En la tarea de los testigos caería la responsabilidad del plan de salvación de las futuras generaciones: “Pero el pueblo de los que conocen a Dios se mantendrá firme y actuará; los doctos del pueblo instruirán a la multitud; mas sucumbirán bajo la espada y la llama, la cautividad y la expoliación durante un tiempo.” (Dn. 11, 32-33) Estas serán las dificultades y las penas que sufrirán los testigos y su comunidad eclesial, una tarea difícil entre persecuciones y martirios. Los tres testigos iban avanzando, a través de las peripecias del futuro, en las conquistas de la salvación. Su entusiasmo iba creciendo, a partir de la memoria histórica del pueblo sagrado hacia la futura iglesia continuadora de la fe anclada en la maravilla presente de los tres personajes quienes transmitían la información y el mensaje como lo había hecho el ángel Gabriel al profeta Daniel. “He venido a manifestarte lo que ocurrirá a tu pueblo en los últimos días. Voy a revelarte lo que está escrito en el libro de la Verdad.” Ellos sabían ahora que estaban en contacto directo con la verdad.

El entusiasmo de Pedro estalló en aquella frase: “Rabbí: Es bueno estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías.” (Mc. 9, 5) El evangelista, como si le diera vergüenza la intervención de Pedro, añade: “Era que no sabían lo que decían pues estaban espantados.” (Mc. 9, 6) Quizás, más que espantados, sería más correcto decir “exaltados” o “fuera de sí”. La frase: es bueno estar aquí, más que significar alegría indica interés, fascinación; querían seguir adelante con la información, la visión, el diálogo; saber más acerca de este plan de Dios, que aunque entre nieblas se constituía a la vista de ellos. Saber más del pasado, del dominio de Dios sobre los seres humanos, de sus mensajeros celestes y terrestres de esta doble densidad de los acontecimientos que los hombres vivían en el nivel terreno; mientras Dios con sus santos los vivían en el nivel de la gracia, de su amor y su servicio. Saber más del futuro y del destino final de los reinos y dominios de la historia.

No salirse ya de este poder que los transformaba, los hacía volar de una generación a otra, en que se veía claramente el amor de Dios y las traiciones

de su pueblo. No había dicho Daniel: “Entre los doctos sucumbirán algunos, para que entre ellos haya quienes sean purgados, lavados y blanqueados hasta el tiempo del Fin, porque el tiempo fijado está aún por venir.” (Dn. 11, 35) No había barreras que encerraran esta visión: Recorría los tiempos, desde los orígenes hasta el estadio definitivo del mundo. El Fin será un tiempo de juicio y de discriminación, entre los sabios y los demás hombres, sólo los limpios serán salvados. “En aquel tiempo surgirá Miguel, el gran Príncipe, que defiende a los hijos de tu pueblo.” (Dn. 12, 1)

La batalla entre el bien y el mal, que había comenzado entre los ángeles cuando el hombre ni siquiera existía, continuará en la tierra hasta el Fin. Los apóstoles se percibían a sí mismos como miembros de esta lucha y en el peligro. “Él salvará a su pueblo y todos aquellos que se encuentran inscritos en el libro.” Se planteaba el problema de una salvación o de una condena. El gran mundo de los hombres se veía a lo lejos y contrario a su Mesías. Lo perseguía con armas y guerras sin detenerlo. “Y los doctos brillarán como el fulgor del firmamento y los que enseñaron a muchos la justicia, como estrellas por toda la eternidad.” (Dn. 12, 3) Era, pues, una lucha gigantesca de la luz en contra de las tinieblas de los profetas de Dios y los seguidores del Mesías para iluminar a los hombres y enseñar la justicia; pero con los dolores del parto y el esfuerzo de una nueva creación. “Será un tiempo de angustia como no habrá habido hasta entonces, desde que existen las naciones.”

Esto último, se les hacía claro a los testigos, porque poseía los rasgos de su presente, como los seguía pintando Daniel: “Muchos serán lavados, blanqueados; los impíos seguirán haciendo el mal, ningún impío comprenderá nada, sólo los sabios comprenderán.” Con el acoso, las sospechas, el rechazo, los hijos de la sinagoga se habían confabulado contra Jesús; en su propia tierra, Nazareth, habían intentado despeñarlo desde la roca; en Samaria le negaron hospedaje; en el templo agarraron piedras para matarle como blasfemo. El discurso de su partida de Jerusalén pasaba por una condena. La imagen que habían trazado Moisés y Elías se parecía al hombre de dolores de Isaías. A los tres resplandores del Tabor, corresponderían tres negras cruces en la calavera del Calvario. Todo se hacía confuso y triste, como una amenaza suspendida sobre sus cabezas. Entonces: “Vino una nube y los cubrió con su sombra,” (Lc.

9, 34) como se manifestaba la presencia de Dios en la tienda del tabernáculo durante la peregrinación del pueblo por el desierto.

Había desaparecido todo resplandor y también los dos profetas; sólo quedó la niebla de la mañana y esa nube gris que los envolvía como reliquia del misterio que habían presenciado. La nube los transportaba con Moisés, al Sinaí, y con Elías, al monte de Dios, el Oreb. De repente les invadió la presencia de Dios en la oscuridad de la nube y “al entrar en la nube se llenaron de temor.” (Lc. 9, 34) Ahora la presencia es para ellos, el inmediato contacto con el ser divino, rapta al hombre, lo desconecta del mundo, por lo cual se siente perdido. Y esta presencia percibida como fuerza avasalladora, se convierte en voz. “Se oyó una voz desde la nube: Este es mi Hijo amado, escuchadle.” (Mc. 9, 7) Lucas añade, “el Elegido”. Mateo añade una relación: “en quien me complazco”. Ya conocían esa voz, fuerte y pavorosa. Juan y Andrés la habían escuchado cuando el bautismo de Jesús en el Jordán, como discípulos que eran de Juan Bautista. Entonces, cuando entró en el agua para que Juan lo bautizara, esta voz vibró por el aire y se dirigía a Él: “Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco.” (Lc. 3, 22) Era parte del diálogo entre Padre e Hijo; una expresión de amor.

Además, todos ellos la habían escuchado en el templo. “Vino entonces una voz del cielo: Le he glorificado y de nuevo le glorificaré.” (Jn, 12, 28) Tan fuerte que la gente que estaba allí decía que había sido un trueno. Otros decían: Le ha hablado un ángel. Pero Jesús rectificó: No ha venido esta voz por mí, sino por vosotros. Está destinada a fortalecer vuestra fe para el momento terrible de la pasión. También en el Tabor, esa voz venía directamente para los testigos, Dios les hablaba; era el mismo Señor quien proclamaba el amor para su Hijo, el Hijo divino, cuya gloria acababan de contemplar. Y esa voz resonó dentro de sus almas, encerraba un mando: ¡Escuchadle! Él había dialogado con los profetas sobre su humillación y su muerte y el Padre lo declaraba Hijo amado, digno de su confianza.

Esa orden de escucharle era, a la vez, una súplica y una benévola concesión de un privilegio. El Padre entregaba su hijo amado en manos de los hombres y de estos tres pobres pescadores del mar de Galilea. ¿Qué podrían hacer? Sólo pedía una cosa: Escúchenlo. Él les enseñará el camino de la vida. “Al oír esto,

los discípulos cayeron rostro a tierra llenos de miedo.” (Mt. 17, 6) A ellos les había hablado Dios, como a Moisés, a Samuel, a Isaías, a Elías, a Jeremías. El mismo Daniel, al oír la voz y ver la visión, se había desmayado. “Entonces yo, Daniel, me desvanecí y estuve enfermo unos cuantos días y seguía perplejo por la visión que no se podía comprender.” (Dn. 8, 27) Frente a la cercanía de Dios, esa invasión del poder celestial, sorprende y rebasa la mente humana y su corazón inexperto de cosas trascendentes. Nosotros pensamos en Dios tomando cierta distancia; si Él se acerca demasiado, perdemos la perspectiva así como las proporciones y nos agarra el temor de lo desconocido incontrolable.

Daniel, el hombre de las “predilecciones” tampoco se había acostumbrado a la inminencia de lo sagrado. De su alma había brotado una oración, como un escudo de defensa del temor, que los tres testigos conocían muy bien: “¡Ah! Señor. Dios grande y temible, que guardas la Alianza y el amor a los que te aman y observan tus mandamientos. Nosotros hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos sido malos, nos hemos rebelado y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus normas.” (Dn. 9, 4-5) Habla en plural, porque está consciente de representar a todo Israel. Esta fue también para ellos la razón de su temor: Sentirse cargados de responsabilidades por los pecados de su pueblo y bajo la mirada de la santidad del Padre. ¿No eran ellos los humildes oyentes de la palabra? ¿Los fieles compañeros de su Hijo? Les costaría regresar a la objetividad de la vida cotidiana. “Y cuando la voz hubo sonado, ellos alzaron los ojos y no vieron a nadie más que Jesús sólo.”

El universo de gloria había desaparecido, lo eterno se había escondido detrás de la cortina del tiempo a la espera de regresar cuando el Padre así lo dispusiera. Jesús estaba con ellos, aparentemente solo, en realidad con la presencia del Padre, una misión a cumplir. “Mas Jesús, acercándose a ellos les tocó y les dijo: Levantaos, no tengáis miedo.” (Mt. 17, 7) Ya no era una visión. Era Jesús en carne y hueso, el mismo con quien solían vivir, viajar, comer. Era el Jesús bondadoso y amigo de los humildes, compasivo con los enfermos a quienes curaba; el maestro infatigable, siempre dispuesto a aclarar con una parábola los difíciles conceptos del reino. “Cuando bajaron del monte, Jesús les ordenó que a nadie les contaran lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos.” (Mt. 17, 9)

Era natural que no hablaran de ello; demasiado elevado y místico para la gente; demasiado aterrador para quienes fijaran sus miradas en lo incomprensible y pretendieran reducirlo a sus medidas. Pero la prohibición incluía una información: hasta que resucitara de entre los muertos. “Ellos cumplieron con la recomendación, discutiendo entre sí: ¿Qué era eso de ¿resucitar de entre los muertos?” Esta última pregunta no tuvo respuesta. Ni se atrevieron a pedir explicaciones; en su luz todavía reinaban muchas sombras, una extraña sensación de un dolor oculto que no deseaban descubrir. Iban descendiendo del monte y Jesús caminaba con ellos. Los tres estaban llenos en el alma de esta visión deslumbradora. Intercambiaban las emociones de una noche tan intensa que les había parecido demasiado breve. Revivían instante tras instante lo que habían experimentado, lo que habían visto y lo que habían imaginado viéndolo: la aventura de Moisés con el pueblo elegido; la épica revolución de Elías contra Baal, su gran corazón encendido de amor y celo por Dios.

Las visiones de Daniel, tan semejantes a lo que ellos habían presenciado, el Anciano en el trono; el varón de dolores descrito por Isaías, el Hijo del hombre vestido de lino y de luz y la nueva alianza anunciada por Jeremías, constituían un universo que desde el poder del Altísimo guiaba el desarrollo de la historia humana. Y su centro era Jesús, el Hijo de Dios, el autor de la salvación. Esta era la realidad actual: Jesús se había apoderado de sus corazones, se había instalado en sus mentes, como la realidad suprema del universo, entre el Padre, los ángeles, los profetas y los justos que conocerían a Dios perfectamente. Los tres llevaban en el alma la presencia maravillosa del Mesías y de su gloria que da sentido a la aventura de los hombres.

Al mismo tiempo existía un contraste entre el Jesús místico del que se habían enamorado y este Jesús humilde y cotidiano, quien caminaba junto a ellos en el sendero que bajaba hacia el lago y hacia Cafarnaúm. Este Jesús era tan sencillo y abordable y, al mismo tiempo, tan insondable y profundo. Dos imágenes que rehusaban unificarse en su pobre mente. Las dos imágenes, del Cristo de carne y del mundo terreno, contra el Cristo del Espíritu y de la historia de la salvación, formaba una doble realidad. ¿Habría que ignorar las diferencias? ¿O eran dos formas de vida, la una más firme y luminosa y la otra más pasajera y huidiza? ¿Y nuestra vida llevará siempre en sí esta dualidad? Era como proyectar dos

figuras diferentes sobre la misma pantalla, en el mismo espacio y tiempo. Se montan, se traslapan y, en parte, se confunden pero nunca coinciden totalmente. ¿Deberán convivir con esta doble realidad? ¿Cuál sería su amor verdadero: el de las visiones o el de la rutinaria realidad de las cosas pequeñas?

Los tres discutían. Sabían que algún día Él los abandonaría. ¿No habían hablado los profetas de su “partida”? Él se irá de regreso al Padre; sólo nos quedaremos con nuestro amor en el corazón. ¿Cuál será la verdad? Es cierto, pasará apuros y sufrirá, pero se irá en la gloria. ¿Pero qué significa eso de resucitar de entre los muertos? Ellos creían en la resurrección. Pero esto se efectuará al final de los tiempos y no dejaba de ser algo difuso y oscuro. También Daniel hablaba de la gloria de los sabios que “resplandecerán como estrellas.” Esto no le cuadra a Jesús, ¿quien será el juez en la resurrección final? “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno.” (Dn. 12, 2) Entonces, qué significa esto de ¿resucitar de entre los muertos? Jesús no lo había explicado, ni ellos se atrevían a preguntar. Sólo les quedaba aceptarlo, con un acto de fe, así como ahora lo veían con rostro humano y lo habían visto en el misterio de Dios. ¿Era de veras el “Hijo del hombre”? Pero detrás de esta figura estaba el Padre.

La fe de los tres testigos se había purificado. Su amor al reino se había iluminado. Todavía les quedaban muchas sombras, pero su corazón estaba firme, su responsabilidad había sido aclarada: una responsabilidad demasiado grande para ser evaluada desde este humilde camino de Galilea.